

Usteak, Ustel!

Cosas que quería saber sobre...

Mujeres migradas en la sociedad vasca

24.

Mujeres migradas en la sociedad vasca

Norma—Vázquez García

En el **V Plan de Actuación en el ámbito de la Ciudadanía, Interculturalidad e Inmigración 2018-2020** del Gobierno Vasco se señala que *“el actual modelo inmigratorio vasco descansa en la feminización relativa de los flujos, se basa en una mujer de origen latinoamericano preferentemente, de un conjunto de países que van sucediéndose, en los que los más relevantes van intensificando el porcentaje de mujeres de los anteriores a la vez que los sustituyen. Un ejemplo muy gráfico ha sido, recientemente, el de la inmigración de origen nicaragüense, en la que nueve de cada diez personas eran mujeres”*.

Este modelo migratorio constituye una novedad: por un lado, porque nos muestra los **avances sociales que en los últimos años han permitido que las mujeres puedan movilizarse más allá de sus fronteras**, en general solas aunque contando, en ocasiones, con apoyo familiar en el país de origen o con una pequeña red de apoyo en el país de llegada, pero sobre todo con una gran incertidumbre. Por el otro, porque **esta movilidad implica una transgresión a los roles de género tradicionales y a las relaciones de género** tanto en el país de origen como en la sociedad de llegada.

Las mujeres migran, pero ¿con qué proyecto migratorio? ¿Qué traen consigo al migrar? Es indudable que una de las grandes revoluciones del siglo XXI ha venido de la mano del feminismo que ha conseguido poner en el punto de mira la discriminación de las mujeres en todas partes del mundo. **Las mujeres hemos roto con los estereotipos de género que nos han mantenido atadas a la maternidad y al cuidado, tanto en el ámbito doméstico como en el espacio público**; pero esa ruptura no ha ocurrido en el pasado sino que está siendo ahora mismo, con lo que eso trae consigo de conflictos, rupturas, ajustes, debilidades y certezas... todo ello viene también en las maletas de quienes migramos.

Uno de estos conflictos tiene que ver con lo que les espera a las mujeres que llegan a las ciudades vascas y es que la concreción de sus proyectos vitales pasa por aceptar que hay un límite para su desarrollo: realizar aquí los trabajos de cuidados y del hogar. Así, mientras las mujeres vascas pueden ir rompiendo poco a poco los roles tradicionales y plantearse más y mejores cuotas de igualdad en relación a los hombres, las mujeres migradas, en su gran mayoría racializadas, van ocupando los huecos que ellas dejan. Esta "captura" de espacios se hace en el marco de una Ley de Extranjería que restringe derechos para asegurar que las mujeres migradas ocupen en precario el espacio de lo doméstico y el cuidado.

Pero, además, la presencia cada vez más visible de una diversidad de mujeres trae consigo un cuestionamiento por parte de la población autóctona a lo que aportan, a lo que hacen, a lo que quieren. **Las preguntas y comentarios que se hacen sobre esta nueva migración están llenas de prejuicios que, como todo prejuicio, están alimentados de desconfianza y desconocimiento.** Recojo aquí algunas de las preguntas y afirmaciones que las mujeres migradas hemos escuchado más de una vez, en formato de curiosidad algunas veces y de hostilidad en demasiadas ocasiones.

¿Por qué vienen las mujeres si aquí estamos en crisis?

Hay dos respuestas inmediatas a este cuestionamiento. La primera es que, **en los países de origen** de las mujeres que migramos, **la crisis es aún mayor** y las oportunidades escasean o directamente son nulas para muchas mujeres; la segunda es que precisamente la crisis económica, con su correlato de **"crisis de cuidados"** en las familias, es lo que llama a las mujeres a venir. Si en el hogar son necesarios dos salarios para subsistir, se necesita a alguien para las tareas de cuidado y es ahí donde se van abriendo nichos de trabajo para las mujeres de otros países, nichos que, precisamente por la crisis, ofrecen condiciones laborales de gran precariedad.

La decisión de migrar no responde solo a insatisfacciones personales, más bien es el resultado de la situación económica -y en ocasiones también social y política- **de los países de origen**, tanto como de la situación familiar o de pareja. Precisamente por ello, las mujeres viven un proceso ambiguo de duelo: quieren irse, pero a la vez no quieren, porque su pérdida surge de una imposición externa, como en el caso de las mujeres perseguidas, o de una aceptación resignada de que irse es lo mejor, aunque ello no se traduzca en la construcción de un claro proyecto migratorio, entre otras razones porque esperan volver "pronto": el tiempo que tarden en juntar el dinero suficiente o que cambie la situación de su país o que a la pareja le llegue el momento de volver... El proyecto migratorio está tan poco definido porque es, sobre todo, un tiempo de espera.

Las mujeres extranjeras no saben hacer otra cosa que “trabajar en casas”

No. **La sociedad vasca no ofrece muchas alternativas a las mujeres que migran.** Lo que les ofrece es, mayoritariamente, un **trabajo de cuidados que está muy precarizado**, en primer lugar porque lo realizan en general las mujeres, pero también porque la situación de irregularidad administrativa en que se encuentran las mujeres migradas -durante al menos sus tres primeros años de estancia en el país- contribuye a hacer más indignas sus condiciones laborales.

A muchas mujeres que han migrado les gustaba la vida que vivían en sus países de origen; otras no tuvieron ningún problema en marcharse porque consideraban que un país que no ofrece alternativas vitales no se merece su nostalgia. Unas y otras saben el esfuerzo y el sacrificio que se requiere para salir adelante y lograron desarrollar sus propias capacidades, mismas que no pueden poner en valor cuando llegan al país de destino.

Hay mujeres migradas que son profesionales y están desempeñando trabajos precarios en los que coinciden con mujeres vascas que también trabajan en condiciones precarias, con la diferencia de que estas son jóvenes en su mayoría y/o cuentan con una red de apoyo y un pasaporte europeo; con la diferencia de que estas van a ser motivo de preocupación por parte de las instituciones, en tiempos de pandemia por ejemplo, en tanto que las migradas van a enfrentar un medio hostil o, en el mejor de los casos, un entorno despreocupado de cómo va “dejándolas atrás”.

Si es solo un trabajo, ¿por qué exigen que se realice con amor?

Los trabajos de cuidado debieran ser el centro de las políticas públicas porque sin cuidados no hay vida. Y, sin embargo, no es así. A pesar de que los periodos de confinamiento por la Covid-19 nos mostraron cuál esenciales son estos trabajos, siguen estando menospreciados por la sociedad y las instituciones.

El trabajo de hogar y de cuidados siempre ha sido considerado una labor “*propia de mujeres*” y, por tanto, no es visto como trabajo sino como la concreción del afecto de las mujeres a sus familias. Esta visión sigue existiendo, aunque las mujeres que ahora lo realizan no tienen vínculos familiares y ni siquiera afectivos con las personas que las contratan. Más aún, se ha normalizado la exigencia de “*poner afecto en el cuidado*” sin que tal requisito implique un salario justo para la cuidadora.

Por el contrario, **las condiciones de precariedad** -cuando no de explotación- **que sufren las trabajadoras de hogar y de cuidados migradas son legales.** Lo son porque están **amparadas en una Ley de Extranjería que restringe derechos**, que no ve personas sino mano de obra a explotar, que no ve mujeres con proyectos propios sino mujeres pobres a las que exprimir en condiciones de irregularidad administrativa.

Esa ley es la que permite que en las ofertas de empleo se siga la lógica de “pagar menos por más trabajo”, a sabiendas de que la empleadora (el femenino no es gratuito porque la mayoría de quienes contratan estos servicios son mujeres) tiene la sartén por el mango y siempre puede recurrir al “*si no te gusta te vas a la calle, que hay tres haciendo fila*”.

Estas mujeres “hacen cualquier cosa” con tal de tener papeles

Quien piensa o dice esto está entendiendo por “hacer cualquier cosa” no solo el realizar cualquier trabajo, porque se adjudica a las mujeres migradas, independientemente de su país de procedencia, malas intenciones y disposición a engañar, mentir para poder lograr una estancia regularizada en tierras vascas. **Ese imaginario de mujeres malas lo compartimos todas las mujeres, migradas y autóctonas**, pero en este momento esos prejuicios se acentúan contra quienes somos distintas en color de piel, formas y estaturas, lenguaje y costumbres.

Las mujeres que han migrado eran y se sentían ciudadanas en sus respectivos países, condición de la que han sido despojadas al salir de estos. Se trataba de una ciudadanía que conllevaba un conglomerado de relaciones, identidades, sentimientos e identificaciones con personas cercanas; un entramado de sensaciones derivadas de compartir una cultura y, en definitiva, de sentirse parte de una sociedad. Se sabían y se sentían pertenecientes a un colectivo territorialmente ubicado, a un país, con toda la sensación de seguridad y control sobre el entorno que ello implica.

Al llegar a un país desconocido que les niega la condición de ciudadanas, es decir la condición de “personas con derecho a tener derechos”, **tienen que poner en práctica distintas estrategias de sobrevivencia**, las que estén a mano, porque, al fin y al cabo, todas las personas queremos tener una vida digna, aunque algunas solo puedan buscarse y rebuscarse la vida para sobrevivir día a día.

Deberían estar agradecidas de que aquí viven seguras y tienen buena atención

Sí, las calles de las ciudades y pueblos vascos son sin duda más seguras que las de los países de origen de las mujeres que llegan a ellas. **Esa seguridad da para vivir tranquilas, pero no asegura la sobrevivencia económica ni les acerca a las expectativas que soñaron al migrar.** Tampoco encuentran en los sistemas públicos de salud y educación un gran privilegio porque, si bien reconocen la ventaja que representa para la población autóctona tener acceso gratuito a estos servicios, ellas ya llegaron estudiadas y los procesos de homologación de sus títulos no tienen una resolución fácil ni rápida.

Por otro lado, acostumbradas a otras pautas culturales en relación al cuidado de su cuerpo y malestares, sentir que en el país de llegada se burlan de sus conocimientos sobre remedios caseros o sobre cómo escuchar a su cuerpo -conocimientos ancestrales que adquirieron a menudo de sus madres y abuelas en sus comunidades de origen-, tampoco les da mucha confianza para pasar consulta en los ambulatorios, mucho más cuando las primeras experiencias han sido discriminatorias e incluso ofensivas.

Así pues, la seguridad es un privilegio que apreciamos enormemente, pero en cuanto empiezan las dificultades, cuesta trabajo no relativizar tal sensación de seguridad.

Son más sumisas porque en sus países de origen hay más machismo y violencia

Si, hay más violencia y, sobre todo, no hay un Estado de Derecho que frene esa violencia. **No, no hay más sumisión.** Baste ver las movilizaciones de cientos, miles, millones de mujeres que están enfrentando las violencias machistas y los feminicidios en América Latina y El Caribe.

En los países centroamericanos la violencia es una realidad para las mujeres que se enfrentan a la presencia constante de las pandillas delincuenciales, la violencia política o el acoso callejero. La mente y el cuerpo se preparan anticipando el peligro, y se vive el miedo y la tensión antes, durante y después de cualquier agresión.

Estas diversas expresiones de violencia llevan a las mujeres a tener que limitar sus salidas de casa, a restringir sus relaciones sociales ante el riesgo de sufrir una agresión en la calle o a tener que plantearse estrategias de evitación, con lo que el sistema consigue su objetivo: recordar a las mujeres que, por una parte, sus cuerpos son continuamente observados y objeto de juicios y comentarios y, por otra, que su espacio adecuado es el hogar y no la calle. Además, las mujeres no denuncian las agresiones ante los cuerpos policiales porque les tienen mucha desconfianza; de ellos sólo esperan vejaciones y risas, que las culpen de lo que les ha pasado o simplemente, que no intervengan, lo que supondría una mayor victimización.

¿De qué realidad estamos hablando? Porque cuando nos referimos al acoso callejero, la realidad de acá resuena bastante parecida a la de allá. Y si hablamos del acoso que sufren las trabajadoras de hogar se nos hace evidente el machismo más vergonzoso de los hombres autóctonos y la complicidad de algunas mujeres que no quieren ver, oír ni aceptar lo que pasa dentro de sus hogares. En esto, al menos, parece que las mujeres autóctonas también se suman al carro de la sumisión.

¿Por qué se dicen racializadas?

En la sociedad vasca a las mujeres migradas nos enfrentan a la realidad de la racialización de nuestros cuerpos. **La “racialización” es un concepto político que interpela las estructuras sociales construidas desde la diversidad de los cuerpos.** Quienes tienen el poder convierten en “exóticos” los cuerpos de las mujeres migradas a partir del color de piel, rasgos, formas, vestimentas... haciendo de estas diferencias **un sistema discriminatorio** entre las personas **que sitúa a unas, las blancas, en los lugares de privilegio, y a las otras, en tanto racializadas, en los lugares de subordinación.**

Nos decimos racializadas como parte de nuestra identidad política. Porque reivindicamos nuestros cuerpos y sus características, y con ellos nos resocializamos en estos países que nos miran con extrañeza.

El espinoso asunto de la maternidad

Muchas mujeres que migran lo hacen por sus hijas e hijos, buscando que tengan un mejor futuro y dispuestas a labrárselo a costa de su sacrificio. En muchas ocasiones, su proyecto migratorio incluye reagruparlos en cuanto puedan, aunque esa fecha se puede ir alargando hasta hacer a veces imposible tal reagrupación.

Muchos procesos dolorosos tienen lugar durante esos años. Y mientras ocurren, mientras las madres migradas discurren cómo realizar crianzas a distancia, mientras comparten maternazgos con otras mujeres en sus países de origen, tienen que escuchar que son malas madres. Abierta o implícitamente se les juzga. *“¡Cómo es que han podido dejarlos!” “Yo no podría”.* Ellas tampoco pueden, pero sí tienen que hacerlo.

La paradoja de esta historia es que son contratadas para cuidar niñas y niños. O sea, que **a las malas madres que han dejado a sus criaturas, se les confía el cuidado de otras.** Se trata, sin duda, de una simplificación de lo que es la maternidad, el maternazgo y los cuidados.

¿Por qué no se integran?

Este modelo de migración feminizada que hoy tenemos **tendría que implicar un compromiso de la sociedad vasca por la convivencia y no una exigencia de integración a las mujeres migradas.** Somos ya una sociedad compleja y diversa que tiene que construirse desde el respeto de todos los derechos para todas las personas.

Mientras esto no sea así, las mujeres migradas seguirán encontrándose con sus iguales en espacios que sientan seguros, para enfrentar juntas las injusticias que les toquen. Seguirán creando redes para no dejar a ninguna compatriota atrás, olvidada por las instituciones por no tener papeles; seguirán compartiendo lo poco que tienen y/o lo que pueden conseguir con la solidaridad de una ciudadanía vasca consciente.

En estas redes se comparten estrategias, comprueban que no están solas, construyen una idea de colectividad y una sensación de fortaleza que, de otra forma, aisladas unas de otras, no podrían lograr. Y, sobre todo, se ayudan a sobrevivir, intercambiando recursos, contactos, bienes, saberes y todo lo que sea necesario para seguir soñando.

